

su desprecio ante una canallesca asamblea popular, que lo cubre de invectivas porque él quiere desenmascarar las mentiras sociales y los beneficios ilícitos del estamento dominante: la «maldita mayoría democrática», formada por tiranos y gregarios tiranizados, no tolera ninguna infracción al propio sistema. Stockmann, que ha querido denunciar la contaminación de las aguas, resulta agredido por toda la comunidad, tanto por el burgomaestre que gobierna como por la oposición de izquierdas, porque es la comunidad íntegra, más allá de las disputas políticas y los juegos electorales, la que se sostiene con la riqueza que producen aquellas fuentes infectas. Desde este punto de vista, *Un enemigo del pueblo* ha sido justamente entendido como el ácido retrato de una sociedad perfecta y abyectamente homogénea en su mecanismo y unitaria en su tejido sustancial, más allá de las irrelevantes aunque manifiestas tensiones ideológicas, dispuesta a defender globalmente sus intereses reales. Ibsen define como verdaderamente «liberal» a dicha mayoría, que guía al conglomerado social y, al tiempo, es guiada por él. No creo forzar el texto adoptando, en mi traducción (Ibsen: *Drammi*, Garzanti, Milano, 1976) la expresión «mayoría democrática»: a noventa años de distancia, la palabra «democracia» tiene hoy una carga de idealidad y de retórica, de progreso y falsificación, de verdad y charlatanería, de libertad y tópico, implícita entonces en el adjetivo «liberal». En *Un enemigo del pueblo* Ibsen parece señalar el carácter burgués de la masa, despersonalizada por la persuasión colectiva y tan compacta que incluye a todas las fuerzas y se presenta como única realidad posible, como sistema total y cerrado. El drama ibseniano desenmascararía así la involución burguesa que engatusa y corrompe hasta a los elementos progresistas, la tiranía de las mayorías heterodirigidas que no admiten desviaciones ni deformaciones en sus valores preestablecidos: para desafiar vana pero heroicamente a esta dictadura masificada está Stockmann, el hombre solo, el rebelde.

La desconcertante complejidad de Ibsen reside, más sutil y escondida, no sólo en esta crítica a la vociferante mayoría anónima, sino asimismo y sobre todo en la burlona parodia de las minorías ruidosas y su turbulento exhibicionismo contestatario. La monolítica unidad del sistema burgués comprende, en su juego de las partes, además de las fuerzas tradicionales y vacuas de la política oficial, incluso la teatral vanidad de la arrogancia opositora. Stockmann no es un revolucionario, sino la caricatura de un revolucionario, y quizás hasta una autocaricatura del mismo Ibsen. Stockmann se estrella contra la mayoría sólo cuando la ha perdido, mientras antes se jactaba de llevarla sobre sus hombros; se enfervoriza de justicia social pero bufaba de impaciencia cuando debe visitar a cualquier pobre diablo enfermo, presume de una revolución sin precisar sus formas ni sus contenidos, elige con honestidad la derrota y la soledad

pero se vanagloria de ellas como si fuera un signo de elección y de nobleza. A pesar de su sinceridad subjetiva, subyace en él, completa, la petulancia pequeñoburguesa que busca, a cualquier precio, el inconformismo, la excentricidad, el papel de opositor. No hay contraste, sino evolución, entre sus primeras y últimas manifestaciones, entre la complacencia filistea por el cordero asado, o la envidiosa chismorreta sobre las ganancias de los otros o la ramplona seguridad de hablar por los pobres y en nombre de los pobres, que no pueden pagar y deben depender de sus palabras. Justamente, el chaquetero redactor de *La voz del pueblo* lo designa tanto como revolucionario o aristócrata; Ibsen pone despiadadamente al desnudo la altivez elitista, o sea la presunción burguesa de la minoría contestataria, el innoble y siempre actual dogmatismo del intelectual que degrada a los oprimidos con el fin de abrir una polémica esnob, que los recluta como una leva de subdesarrollados, que se arroga, hoy como ayer, el derecho de hablar en su nombre y estar siempre del lado justo, de parte del progreso y de la revolución. El terrorismo propagandístico e ideológico impone sus definiciones por encima de toda verificación concreta y se amolda, así, al totalitarismo de la mayoría imperante. «La razón» dice Stockmann «la tenemos yo y algunos pocos más». En esta indemostrada e indemostrable identificación con el Espíritu del Mundo, se integra también el desprejuicio de salón de Petra, la hija de Stockmann, que despotrica contra la escuela tradicional pero retrocede cuando se le presenta la posibilidad de realizar sus confusos proyectos pedagógicos y habla con suficiencia filistea del pensamiento religioso.

En *Un enemigo del pueblo* Ibsen ha escrito una parábola cómica de la grande pero equívoca revuelta antiburguesa que serpentea en la cultura europea a partir de la segunda mitad del pasado siglo y se arrastra hasta hoy. El doctor Stockmann es realmente, y no sólo irónicamente, un enemigo del pueblo, como los grandes enemigos del pueblo del Ochocientos, Burckhardt, Carlyle, Kierkegaard, Nietzsche, con los cuales comparte (en escala reducida y en clave humorística) la nobleza, la agudeza y la esterilidad. Como ellos, es veraz en su denuncia, pero desviado y desviante en las consecuencias que obtiene y en el tono que les imprime. Es un personaje tragicómico: subjetivamente se rebela a fondo contra la racionalización del universo burgués, pero objetivamente no consigue salir de él y, torpe, se encalla.

Stockmann fustiga justamente el falsificado concepto de pueblo, reducido a un modelo medio del ciudadano integrado, el mecanismo autoritario de los órganos de opinión que fabrican convicciones camuflándolas de elecciones libres, la perversión del lenguaje banalizado por las palabras de orden, la manipulación de las conciencias, la uniformidad social impuesta a los individuos; amonesta sobre la vida breve de las verdades,

contesta las ilusiones del optimismo progresista inculcadas por las clases dominantes, acusa al gobierno de los imbéciles y la prepotencia de los partidos. Ante estas tiradas, el público, a menudo, lo aplaude, sin advertir que Ibsen está involucrado en el espectáculo, casi hasta demostrar el malentendido en el que cae Stockmann; el aplauso se dirige al exaltado rechazo de la democracia, no al diagnóstico de los gravísimos defectos implícitos en tal democracia, que de hecho la vacían de libertad. Stockmann es arrastrado hacia posiciones que niegan sus premisas: su condena de la falsa igualdad, que debería ser una repulsa de toda desigualdad de derechos y posibilidades, termina por convertirse en una enfática apoteosis. En polémica con la falsa cultura que integra a los proletarios en las filas de los nuevos subalternos, Stockmann termina por augurar a éstos últimos una condición de bestial incultura; después de haber entendido el carácter plebeyo y hampón de los mayoritarios, reduce despectivamente la comunidad entera a un hampa y un populacho.

Stockmann sólo sabe reaccionar, y su protesta está coaccionada, como toda reacción; así aparece como una versión cómica del honesto, impávido e infecundo intelectual de derechas. Su rebelión nace de la impotencia y de la enorme distancia entre querer y poder; se ve constreñido al rol del contestador, como el gran reaccionario que siempre resulta lacerado por el acre sabor de la derrota —una derrota noble, en cuanto reacciona contra el imperio de la mentira y de la iniquidad—, pero sin horizontes. Stockmann resulta cómico porque es arrastrado por los acontecimientos, justamente cuando se ilusiona creyendo que los domina, y porque se envanece de su solitaria libertad en tanto está completamente determinado por el engranaje social; debe aprender del suegro, un duro campesino propietario noruego, que ignora las dudas del burgués, y al cual su acción puede proporcionarle una buena ganancia. Maniobrado por el mecanismo de la sociedad, rechaza en bloque a la sociedad y la política, cualquier política que le parece comprometedora, y recurre a la patética banalidad de la anti-ideología, con un típico perfil anárquico-reaccionario. De conformidad con el mito *fin de siècle* del viandante libre y rebelde, Stockmann se insurge contra el poder del dinero y sueña con una floresta virgen o una isla en los Mares del Sur, comprada a buen precio, con una inconsciente despreocupación económica que revela la connotación pequeñoburguesa de la evasión mítica y se complementa con la expeditiva negligencia que ostenta respecto a las concretas restricciones de su familia. Es, en definitiva, un superhombre en miniatura, hinchado por sus propias palabras e infatuado por las comillas de sus artículos, según el prototipo del intelectual decadente y, a la vez, del peleón intelectual pseudoprogresista.

La ironía que rodea la función real de Stockmann no obsta a su rectitud personal, la humanísima debilidad del rebelde metido en dificultades

insanables y dispuesto, aun con magnilocuente vanidad, a pagar personalmente sus errores. También en este sentido es el típico reaccionario, el cual, viviendo hasta el fondo y sin cortapisas las contradicciones de la sociedad burguesa, es a menudo el único que sufre el castigo. La soberbia de Stockmann es una rabia autolesiva, y el nihilismo autodestructivo del hombre herido que sólo sabe reaccionar, exasperando sus propias posiciones –a las cuales fue empujado por la fuerza de los otros– por gratuito amor al desafío y degradándose para demostrar su desprecio. Su énfasis es cómico porque se coloca en estridente contraste con la realidad, pero siempre tiene presente la verdad, aun en la más aberrante de las soledades. El superhombre con casquete y paraguas es, quizás, un crítico autoritario de Ibsen; intelectual solitario que denuesta a la totalidad política poniéndose fuera de ella, y escritor que lleva el mundo a juicio desde su mesa colocada en un grado cero, Ibsen sabe que su desapego es grandioso y estéril, porque comprende la globalidad del cáncer social pero no indica ninguna solución y se complace en su gélida neutralidad. *Un enemigo del pueblo* es también un diagnóstico de esta clarividente impotencia; no por casualidad lo escribió en 1882, en la fase de crisis que va de *Espectros* a *El pato salvaje*.

En torno a Stockmann, en el drama, giran todas las posibilidades del compromiso y de la corrupción: la cínica avidez de los capitalistas, el transformismo de la oposición popular, el servil egoísmo de los moderados, el rencor de las viejas clases dominantes desapoderadas, los mezquinos intereses familiares. Un inexorable cerco encierra en un vórtice de repeticiones y de inutilidad a los personajes de *Un enemigo del pueblo*, cuya tensión no conoce una vía de escape. Monumento de sí mismo, Stockmann, como en la puesta en escena de Edmo Fenoglio y Tino Buazzelli, gira sobre sí, con un ritmo circular que ignora el camino y el progreso, en el eterno retorno de lo idéntico, que señala la trágica y cómica odisea de los grandes y menos grandes enemigos del pueblo, y la quiebra de los sueños de salvación.

Claudio Magris

Traducción de Blas Matamoro